

Memoria, identidad y cultura política de militantes comunistas: Una mirada desde Córdoba, 1963-1973.

BONVILLANI PAOLA.

Cita:

BONVILLANI PAOLA (2013). *Memoria, identidad y cultura política de militantes comunistas: Una mirada desde Córdoba, 1963-1973*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/588>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 69

Título de la Mesa Temática: Las izquierdas argentinas y en el Cono Sur en los años sesenta y setenta. Estudios de caso y problemas teórico-metodológicos de su abordaje histórico

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Cernadas, Jorge, Marchesi, Aldo, Tortti
María Cristina

**MEMORIA E IDENTIDAD POLÍTICA DE MILITANTES COMUNISTAS DE
CÓRDOBA (1963-1973)¹**

Paola Bonvillani

Adscripta al equipo de investigación “Historia, política y memoria: Los procesos de legitimación del poder político en la Argentina contemporánea. Lecturas desde Córdoba”, bajo la dirección de la Dra. Marta Philp, Área de Historia, (CIFYH),

UNC.

paolabonvillani@gmail.com

¹ El presente artículo es una versión preliminar de mi proyecto de investigación para la carrera de doctorado en Historia, denominado “Identidad política, cultura y memoria de militantes comunistas de Córdoba, 1963-1973”, bajo la dirección de la Dra. Marta Philp.

Introducción:

En esta ponencia proponemos abordar la memoria colectiva, la identidad y la cultura política de militantes cordobeses del Partido Comunista (PC) durante el período que comenzó en 1963 con la presidencia de Arturo Illia y culminó con el regreso del peronismo al poder, a partir de su triunfo en las elecciones de 1973.

Los años analizados aquí se caracterizaron por el creciente proceso de protesta social y conflictividad política, originados a partir de la proscripción del peronismo y del ambiente revolucionario posterior a la Revolución Cubana. Ambas tendencias confluían en el desarrollo de una incipiente cultura crítica de las formas tradicionales de ejercicio de la autoridad.

En este marco, la elección del período histórico se fundamenta en reconstruir las representaciones, orientaciones y prácticas políticas de la militancia comunista en el contexto de gobiernos constitucionales y dictatoriales -como el del Dr. Illia y el de la autodenominada Revolución Argentina- que buscaron ensayar diferentes soluciones al proceso de radicalización política y a la cuestión peronista. La proscripción del peronismo fue un dato omnipresente que actuó como tamiz para las decisiones de los distintos actores políticos del período. En este contexto, 1973 representó el momento en el que el problema esencial acerca de cómo proyectar una democracia restringida, fue resuelto con las elecciones en las que triunfó el peronismo, dando inicio a una “primavera” que parecía augurar el triunfo de las izquierdas.

Creemos importante acercarnos a la militancia comunista, entre otras razones, para reconstruir la influencia que han ejercido en la vida política del país, ya que su relevancia, tanto entre los intelectuales como en el movimiento obrero y campesino, comúnmente se ha minimizado. Asimismo, si hoy es posible hablar de una mayor igualdad en las relaciones político-sociales, se debe, en parte, al aporte que representaron las diversas experiencias de personas que, plenas de aspiraciones y visiones igualitarias, soñaron tomar el poder y transformar el mundo. Se trata de prácticas y concepciones políticas que han perimido y hoy nos pueden parecer algo utópicas, sin embargo durante aquellos años aparecían como posibles e imprescindibles.

Cabe destacar que a pesar de no disponer aún de material documental amplio, diverso y sistematizado, a partir de lo que hemos indagado, esto es, expresiones verbales de la memoria de varios militantes y ex militantes, es posible sugerir pistas que nos permitirán esbozar algunas interpretaciones sobre la temática abordada.

La articulación entre identidad, cultura política y memoria: una revisión teórica

El trabajo involucra diferentes dimensiones analíticas: la cultura política, la identidad política, la memoria colectiva y la militancia². La noción de cultura política hace referencia al conjunto de representaciones y prácticas que expresan una visión del mundo compartida, actitudes en torno al ejercicio de la autoridad y a la relación con el poder, una lectura común y normativa del pasado histórico que connota, positiva o negativamente, los grandes períodos del pasado, una concepción de la sociedad ideal, tal como la ven los poseedores de esta cultura, un vocabulario propio y, a menudo, una sociabilidad particular, ritualizada o no³.

A partir de lo anterior, podemos sostener que la cultura política proporciona un marco que orienta y da sentido a las prácticas sociales, ordenando la realidad y generando las certezas esenciales requeridas para construir y afirmar una determinada identidad social y política (Gutiérrez; 2001). En efecto, la cultura política nos permite abordar el conjunto de componentes que conforman la identidad política del individuo, la cual se define en términos de afiliación o pertenencia a determinados colectivos políticos (Berstein; 1999).

Por su parte, la mayoría de los análisis actuales referentes a la noción de identidad, tienden a conceptualizarla como un proceso de construcción, esto es, sujeta a cambios, y no como un estado o una esencia intrínseca del sujeto⁴. Al mismo tiempo, se la concibe

² Las investigaciones realizadas en nuestro país sobre la experiencia militante, han estado centradas en las formas armadas de lucha de la nueva izquierda y del peronismo revolucionario. Asimismo, las investigaciones que abordan la relación entre historia y memoria se basaron en experiencias traumáticas de represión y aniquilación durante la última dictadura. Se podría sostener que esta línea de investigación dejó de lado una vasta variedad de procesos de subjetivación política que difícilmente pueden ser subsumidos en la lógica política de las organizaciones político-militares. En este sentido, el aporte que pretende realizar el presente trabajo se basa en el estudio de la memoria de los militantes de un partido de izquierda no armado, en tanto no incluyó en su cuestionamiento del orden, la posibilidad de acciones militares, ni actuó a través de un ejército.

³ Desde diferentes enfoques se ha hecho mención a los problemas en el uso del concepto de cultura política, debido al carácter polisémico expresado en los diferentes contenidos que se le atribuyen. En la ciencia política, podemos mencionar distintas aproximaciones teóricas, una informada por el enfoque behaviorista, que restringe el concepto a sus planos más estrictamente psicológico-políticos, y otra más antropológica, cultural o culturalista que se resiste a la reducción de la cultura a sus niveles y datos psicológicos y cuantificables, defendiendo un uso más abierto, menos restrictivo temáticamente y más cualitativo en términos de la metodología de investigación utilizada.

Desde la historiografía francesa se impulsó la más reciente discusión sobre cultura política, en torno a Serge Berstein, Jean-François Sirinelli, Jean-Pierre Rioux y el equipo de la revista *Vingtième siècle*, cuyo principal aporte es el haber trascendido el dualismo entre factores culturales y la estructura social objetiva (De Diego Romero; 2006).

⁴ En las últimas décadas, la identidad se ha definido como un concepto polisémico que, entre otras cosas, alude tanto a lo individual como a lo colectivo. Aunque es muy difícil escindir la identidad social de la identidad individual, el énfasis de este trabajo está puesto en los aspectos sociales de la identidad. ¿Pero

como una construcción dinámica e inestable, ya que si no poseyera cierto grado de estabilidad, no podría ser percibida ni por quien la posee ni por los otros, y en cuanto a su dinámica, la experiencia nos dice que se encuentra sometida a procesos de reformulación constantes.

En el proceso de construcción de la identidad podemos reconocer ciertos elementos esenciales: la permanencia en el tiempo de un sujeto de acción concebido como una unidad con límites, esto es, el sentimiento de tener fronteras o límites de pertenencia al grupo; la posibilidad de distinguirse de los demás sujetos; y finalmente, el reconocimiento y percepción por los demás con quienes el sujeto interactúa para que exista social y públicamente (Pollak; 1989).

La identidad se atribuye siempre en primera instancia a una unidad distinguible, lo cual supone la presencia de elementos o rasgos distintivos que definen de algún modo la unicidad, la especificidad de dicha unidad. Puede ser pensada básicamente como un conjunto de significaciones acerca de sí, que sólo pueden ser construidos a partir de la relación social, lo cual pone el acento en la génesis interaccional de la identidad. En tal sentido, es necesario prestar atención a los espacios en los cuales los sujetos despliegan su sociabilidad, ya que la pertenencia a colectivos puede considerarse una de las fuentes de identidad más significativas. Ciertamente, identificarse con un colectivo “dador” de identidad, implica compartir –al menos parcialmente- el universo simbólico, los valores que ponen en juego mandatos sociales y culturales de una determinada época, en síntesis, el núcleo de representaciones sociales que caracteriza y define a dicho colectivo⁵.

Las identidades se construyen precisamente a partir de la apropiación, por parte de los actores sociales, de determinados repertorios culturales, interiorizados en forma de representaciones sociales, las cuales operan simultáneamente como diferenciadores y definidores de la propia unidad y especificidad. Las representaciones sociales serían, entonces, una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, que actúan

podemos hablar de identidades colectivas? Este concepto parece presentar de entrada cierta dificultad, sin embargo, se puede hablar en sentido propio de identidades colectivas si es posible concebir actores colectivos propiamente dichos, sin necesidad de considerarlos como entidades independientes de los individuos que los constituyen.

⁵ Compartir una identidad colectiva no sólo implica participar en su creación sino también a veces la necesidad de “obedecer” sus prescripciones normativas. Debe advertirse, sin embargo, que no todos los sujetos comparten de manera unívoca las representaciones sociales que definen la identidad de su grupo de pertenencia, por consiguiente, pueden existir divergencias y hasta contradicciones de comportamiento entre individuos de un mismo grupo que comparten un mismo haz de representaciones sociales.

como marcos de percepción y de interpretación de la realidad, y también como guías de los comportamientos y prácticas de los agentes sociales (Giménez; 2000).

Por otra parte, el análisis de la memoria es clave en el estudio de la identidad. La memoria colectiva es un elemento constitutivo y esencial de la identidad de una persona y de un grupo social, en tanto el recuerdo histórico tiene un papel altamente significativo como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades. Ciertamente, para fijar ciertos parámetros de identidad, el sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con “otros”: al resaltar algunos rasgos de identificación grupal con algunos y de diferenciación con “otros”, convierte a estos, en marcos sociales para encuadrar memorias (Jelin; 2002). Dichos marcos sociales de la memoria, son portadores de la representación general de la sociedad, de sus necesidades y valores e incluyen también la visión del mundo de una sociedad o grupo dando sentido a las rememoraciones individuales⁶.

La visión marxista-leninista: el hilo “rojo” conductor de la actividad política comunista

Las visiones compartidas por el grupo y las tradiciones y lecturas de la realidad que surgen a partir de los testimonios de los militantes comunistas, representan un elemento esencial en la constitución de su identidad, al configurar sus percepciones, sus relaciones y orientar sus prácticas.

En este sentido, podemos sostener que el núcleo del programa del partido presentaba una visión de la sociedad y de sus modalidades de cambio que tenía en la experiencia soviética y en las formulaciones ideológicas, teóricas y políticas del marxismo-leninismo, una matriz sustancial para su constitución. En efecto, desde mediados de la década del '30, el PC nacional adoptó la estrategia del Frente Democrático Popular como línea política fundamental (Campione; 1996). Esta estrategia significaba la participación del PC en alianzas amplias, en las que se colocaría en la vanguardia del movimiento, tanto en el plano sindical, político-electoral, como los ámbitos de

⁶ Con respecto a las dificultades de pensar la relación entre memoria colectiva y memoria individual, existe un punto clave en el pensamiento de Halbwachs: la noción de marco o cuadro social, que apunta a establecer la matriz grupal dentro de la cual se ubican los recuerdos individuales. Dicha categoría implica concebir a la memoria como un fenómeno colectivo, aún en los casos en que el recuerdo parece estrictamente individual. De esta manera, la noción de memoria colectiva nos permite trazar un puente, una articulación entre lo íntimo y lo colectivo, ya que invariablemente y a pesar de todo, son los individuos los que recuerdan, pero influidos por los relatos y sentidos construidos socialmente. Jelin, Op. Cit.

actuación cultural y los organismos de solidaridad. Además, representaba un instrumento para la llamada revolución democrática, agraria, antiimperialista y antioligárquica, primera etapa de la revolución hacia el socialismo. Este “etapismo revolucionario” se inspiraba en el diagnóstico realizado sobre la realidad nacional que caracterizaba a la Argentina como país atrasado o semi-feudal (Torti; 2005). Por lo tanto, el comunismo debía impulsar esta etapa revolucionaria para desarrollar el capitalismo, introducir la reforma agraria, fortalecer la burguesía nacional y, consecuentemente, el crecimiento del proletariado. Además, el carácter democrático de la revolución implicaba el rechazo a la opción por la lucha armada como métodos de lucha del proletariado, a favor de la ampliación de los espacios institucionales y de lo que denominaban la “acción de masas” en sindicatos, barrios y ámbitos estudiantiles.

Resulta interesante citar aquí el informe presentado por Victorio Codovilla al XII Congreso Nacional reunido en 1963, en el que esgrimió los fundamentos del programa aprobado. Este representa la manifestación abierta y clara de los objetivos y principios de la línea política y táctica que sostenía el partido y por los cuales iba a luchar durante los próximos años. En dicho texto, Codovilla afirmaba:

El partido se presenta férreamente unido alrededor de su Comité Central y de su línea política. Esto se debe a que el Comité Central ha inspirado siempre su actividad en los principios inmortales del marxismo-leninismo y a que ha combatido cualquier conato de desviación revisionista y oportunista o de desviación izquierdista y dogmática (Codovilla; 1963: 17).

En virtud de estas posturas, a lo largo de la década del '60 la cúpula dirigente se opuso a grupos internos -provenientes especialmente del ámbito juvenil- que se inclinaron por las teorías de la lucha armada, en tanto pretendían aplicar un “voluntarismo revolucionario” prescindente de las masas. Siguiendo una consigna recurrente entre los comunistas, un militante recuerda: “(...) *planteábamos la lucha de masas, y las luchas de masas son las huelgas, son las manifestaciones, son las ocupaciones de fabricas, de las universidades, pero siempre -y esa es una educación que viene de Lenin- “con las masas todo, sin las masas, nada”*. (S. Chudnobsky, entrevista personal, 26 de Agosto de 2010)⁷.

Esta premisa expresa la fuerte influencia que el esquematismo propio del “marxismo soviético” mantenía sobre la línea política del partido. Sin embargo, las experiencias

⁷ Chudnobsky militó en la Federación Juvenil Comunista hasta 1964, momento a partir del cual integró la dirección local del PC.

revolucionarias de nuevo signo, que abarcaban la nueva orientación china y el creciente influjo de la visión de origen “guevarista”, orientada a un proceso revolucionario latinoamericano, junto a la resistencia obrera local posterior al derrocamiento de Perón en 1955, ponían en duda el pacifismo y el “etapismo”, al alentar enfoques renovadores. Las implicaciones de la imposición de la línea pro-soviética son reconocidas por un entrevistado: “(...)después todos descubrimos, pero mucho tiempo después, que las premisas de la Unión Soviética no podían trasladarse mecánicamente a cada país... la Unión Soviética quería defender una cosa monolítica, y nosotros realmente creímos en eso (...)” (L. Yanquilevich, entrevista personal, 21 de Abril de 2009)⁸. En efecto, durante los años de la Guerra Fría, pocos comunistas se atrevían a cuestionar el liderazgo político, económico y militar y la fuerza moral que emanaban de Moscú, pues hacerlo significaba una apostasía.

Sin embargo, el citado programa no era ajeno al contexto revolucionario, y por ello, al plantear la idea del poder, instalaba el debate sobre las vías de lucha. Así señalaba:

(...) sobre el problema del camino a seguir para conquistar el poder, nuestro Partido... siempre consideró que había que desarrollar el movimiento de masas, y sobre esta base, crear las condiciones favorables para la toma del poder por vía pacífica, sin excluir la acción parlamentaria, o por la vía no pacífica, si los círculos dirigentes del país cierran todas las posibilidades democráticas para la conquista del poder (Codovilla; 1963:59).

Si bien en los estatutos del XII Congreso no se estableció la posibilidad de la vía armada, tampoco se negó el uso de la violencia. Así se abría la posibilidad a diversas interpretaciones, las cuales ahondaron las disidencias ya presentes entre algunos militantes. Incluso, a lo largo de aquel período, el partido promovió acciones que, bajo las consignas de apoyo a Cuba o reclamo por presos políticos, podían concebirse como preparatorias, si mal se interpretaban, de la lucha armada.

A contracorriente del debate interno cada vez más eminente, el comunismo se complacía en definirse como “(...)un partido ideológicamente fuerte (...) actuando en el marco de una exacta armonía donde los viejos militantes se funden a los nuevos y les transmiten sus experiencias” (Codovilla; 1963:12). Esta tendencia al “pensamiento único” no se reducía a la línea política partidaria representada por el estalinismo, sino que además, implicaba el profundo respeto por la jerarquía. Lo cual, se tradujo en la

⁸ Luís Yanquilevich fue el responsable de la célula de abogados del PC en Córdoba durante los años abordados en esta ponencia.

infalibilidad de las directivas emanadas de los cuadros superiores, su cumplimiento casi sin cuestionamientos y el consecuente bloqueo al debate, las críticas y las disidencias. La metodología de organización y disciplinamiento interno se fundaba en el centralismo democrático, principio leninista que implicaba la libre expresión, la participación democrática y la actividad colectiva para el logro de objetivos comunes. Sin embargo, el estalinismo anuló la participación y el debate, acentuando el verticalismo, el burocratismo y la arbitrariedad de las decisiones de los organismos superiores sobre las estructuras partidarias inferiores. En consecuencia, cuando el disenso superaba los límites de la tolerancia permitida, muchas veces conducía al alejamiento o a la expulsión del partido. Las consecuencias de esta metodología son reconocidas hoy por un militante:

(...) la discrepancia o la discusión, inmediatamente cerraba filas, expulsaba, se iban algunos elementos que provocaban algunas discusiones (...) viéndolo en el tiempo, muchos de esos eran magníficas personas más allá que tuvieran o no razón (...) y el partido tendría que haber intentado mantenerlos adentro. (A. Gómez, entrevista personal, 8 de Septiembre de 2010)⁹.

Igualmente, el profundo respeto que ciertas personalidades destacadas del partido inspiraban por su experiencia en la lucha política, decantaba en cierto culto a su figura, una forma de fe o confianza en sus mandatos que nadie se atrevía a considerar equivocados ni a cuestionar con actitudes contestatarias. Un militante recuerda a ciertos personajes considerados “sagrados”:

(...) había algunos viejos que eran intocables (...) ¡Ghioldi era un tipo que había hablado con Lenin! ¡Anda a tocarlo! ¡Victorio Codovilla fue comandante de división en la guerra civil española! (...) no eran tipos que habían armado un aparato en una oficina, ¡Había políticos en serio! (L. Reinaudi, entrevista personal, 18 de Agosto de 2010)¹⁰

La educación política en las escuelas de militancia

La producción de periódicos, manuales, folletos y literatura específica, como la formación del conjunto de conocimientos propios de la cultura comunista a través de las

⁹ Alberto Gómez fue militante de la Federación Juvenil Comunista durante el período analizado en este trabajo.

¹⁰ Luís Reinaudi era afiliado al PC y en el período abordado en este trabajo, formaba parte de la secretaría del Sindicato de Prensa de Córdoba.

escuelas de formación de cuadros, fueron actividades fuertemente conectadas dentro del trabajo político de la militancia.

En lo referente al trabajo de reclutamiento, cabe mencionar una actividad complementaria: la “asimilación” de los afiliados. Esta consistía en la educación política como mecanismo de formación de la conciencia de clase del militante desde la perspectiva del marxismo-leninismo. No sólo se realizaba en las células, sino también en las Escuelas Partidarias, en las que se estudiaba filosofía, economía política, historia argentina, historia del movimiento obrero y sindical, táctica y estrategia revolucionaria y psicología social, entre otras disciplinas. Este sistema de educación se estructuraba en cinco ciclos que finalizaban en el nivel superior, con estadías en las escuelas internacionales de la Unión Soviética u otros países comunistas, cuya duración se extendía entre tres meses a un año. Cabe destacar que a las escuelas de cuadros sólo asistían militantes previamente designados por las direcciones, en función de sus capacidades o su desempeño. Al respecto, la cúpula partidaria definía claramente los criterios que debían primar en el ascenso de los cuadros militantes jóvenes:

Al reclutar debemos preocuparnos de reclutar a gente joven ¿Por qué? Porque es preciso renovar al partido y a sus órganos dirigentes (...) Por supuesto que no hay que promoverlos solamente por su calidad de jóvenes, sino y fundamentalmente por su combatividad, por su comprensión de la línea política y táctica del partido y por su voluntad de estudiar y asimilar el marxismo-leninismo. Es claro que cuando se habla de la necesidad de promover cuadros jóvenes, no se trata tampoco de contraponerlos a los viejos. En nuestro partido no hay ni habrá nunca lucha de generaciones (Codovilla; 1963: 92)

La cita resulta de interés en tanto permite abordar algunas cuestiones. En principio, podemos inferir que el partido optaba por la promoción de los militantes leales e incondicionales a la línea partidaria, de manera de no dar lugar a cuestionamientos ni divisiones inter-generacionales; selección estratégica teniendo en cuenta el contexto de radicalización ideológica de los sectores juveniles de los años sesenta. Asimismo, las palabras del dirigente nacional nos introducen al análisis de la organización jerárquica del partido y la estructura de promoción de cuadros. La formación de estos cuadros ha dado origen a lo que se ha dado en llamar la burocracia partidaria, que imponía líneas y estrategias y en la que el nivel de participación de la militancia de base era muy débil, por no decir nulo. El ascenso a este nivel, convertía a los promovidos en funcionarios rentados, lo cual, no obstante, no representaba una forma de enriquecimiento. Al

contrario, ser “revolucionario profesional” era considerado una condecoración que implicaba trabajar a tiempo completo para el partido. El recuerdo evocado por un entrevistado es significativo del valor que representaba el ascenso:

(...) me llamó Miguel Contreras a una oficina y me dijo: “mira Lucho... vos sos de origen pequeño-burgués, no toda tu vida vas a estar consagrado al partido, no es tu estilo, y nosotros precisamos...”, escucha bien esto porque para mí fue muy importante: “comunistas abogados, no abogados comunistas...” no es una cuestión semántica y creo que no lo defraudé (...) (L. Yanquilevich, entrevista personal, 21 de Abril de 2009).

Las lecturas formativas y las interpretaciones partidarias sobre el pasado

La distribución de la prensa y de los materiales que editaba el partido a través de sus comisiones de educación y propaganda – y que cada afiliado se encargaba de repartir entre sus compañeros de trabajo, estudio, y del barrio-, además de ser medio eficaz para la afiliación de nuevos militantes, representaba el acceso a un arco de informaciones que les permitía fundamentar su formación. Un militante afirma categóricamente al respecto: “(...) *no sé que hubiera sido de mí, sin la orientación del PC, de su literatura internacional, de los discos de la Rosa Blindada sobre la Revolución Española, con la voz de Alterio y la letra de Neruda (...)*” (C. Scrimini, entrevista personal, 23 de Octubre de 2010)¹¹.

Entre la bibliografía recomendada por la Comisión Nacional de Educación del PC, sobresalen ciertas lecturas que, en su conjunto, representaban insumos “preparatorios”, “aleccionadores” o “motivadores” para el estudio de los fundamentos ideológicos, los principios orgánicos y las normas de vida del partido¹². Así, podemos mencionar algunos de los clásicos del marxismo-leninismo, como *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, de Lenin -que compendia la política organizativa y la estrategia que debía seguir todo partido revolucionario- de lectura y debate fundamental para el comunismo en tanto abordaba cuestiones relativas a la organización de las fuerzas populares. *El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo*, del mismo autor, cuyas lecciones eran fundamentales por estos años, debido a que justificaban sus propias perspectivas sobre la lucha nacional en el contexto

¹¹ Carlos Scrimini fue militante de la Federación Juvenil Comunista y presidente de la Federación Universitaria Córdoba, (FUC) durante el período 1968-1972.

¹² Comisión Nacional de Educación del Partido Comunista (1960): *Carpeta del educador. Número dedicado al 43º aniversario del Partido Comunista de la Argentina*, Nº 12, Buenos Aires.

revolucionario de aquel entonces, y finalmente el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, publicación oficial “por excelencia”, cuyo análisis manifiesta un claro acomodamiento de hechos históricos e interpretaciones a la visión que la dirección quería instalar acerca del partido.

La circulación y lectura obligatoria del “*Esbozo...*”, da cuenta de la aplicación del precepto leninista, según el cual, cada uno de los libros, folletos, periódicos y revistas que formaban parte del caudal de la literatura marxista-leninista, debían ser herramientas claves en la agitación y organización del partido para emplear en su batalla ideológica, por lo que la vigilancia de la ortodoxia sobre el contenido de lo que se publicaba era fundamental. Lenin en su trabajo “*La organización y la literatura del partido*” trazó los límites que debían establecerse sobre la literatura y la prensa partidaria:

Cada cual es libre de escribir y de hablar cuanto quiera, sin la menor cortapisa. Pero toda asociación libre (incluido todo partido) es también libre para arrojar de su seno a aquellos de sus miembros que utilicen el nombre de ésta para propugnar puntos de vista contrarios a ella (Lenin; 1973:80).

A pesar del estudio de la literatura clásica del marxismo-leninismo, los militantes reconocen las limitaciones de esa lectura: “(...) *la crítica que uno hace pasando el tiempo es que uno debiera haber estudiado más los clásicos del marxismo, es decir, leíamos cosas de Lenin, leíamos distintas situaciones revolucionarias, pero me parece que era un poco sesgado, eso, uno lo ve después (...)*” (A. Gómez, entrevista personal, 8 de Septiembre de 2010).

También eran muy recomendadas las biografías, autobiografías y memorias escritas sobre o por militantes proletarios, que ofrecían descripciones sobre la manera en que se procesó la experiencia comunista entre los trabajadores. Entre estos textos, podemos mencionar el escrito sobre el dirigente sindical José Peter, y en el ámbito cordobés, el de uno de los fundadores del PC local, Miguel Contreras. El interés por mantener vivo el recuerdo de estos militantes, puede interpretarse como un trabajo de encuadramiento de la memoria. En la memoria colectiva existen marcos o puntos de referencia que conforman los elementos constitutivos de la misma, a saber: acontecimientos, personas o personajes y lugares, que permiten mantener un mínimo de unidad, coherencia y continuidad, los cuales pueden considerarse elementos constitutivos del sentimiento de identidad (Pollak; 1989). Al respecto, un dato recurrente entre los militantes entrevistados, se vincula a la evocación de personajes cuyo recuerdo es altamente

valorado por su abnegación, su compromiso y espíritu de lucha, virtudes que hacen de éstas, vidas ejemplares. La experiencia transmitida por estos destacados militantes, caló hondo entre las generaciones posteriores, quienes recuerdan, por ejemplo, la gran trayectoria del citado Miguel Contreras:

(...) fue delegado a distintos congresos y reuniones internacionales (...) él estuvo en la delegación que fue al décimo aniversario de la revolución china así que te puedes imaginar que a su regreso todas las horas y días de conferencia que hizo de China. Aparte estuvo en países americanos porque Miguel Contreras no solo fue el cofundador del partido sino que fue un dirigente sindical, fue él que organizó lo que se llamó la Unión Obrera Local en el año 17 y después la Unión Obrera Provincial, o sea que de muy joven era un dirigente obrero (...) (S. Chudnobsky, entrevista personal, 26 de Agosto de 2010).

En los partidos políticos, la organización de las interpretaciones del pasado es un fenómeno complejo, que se desarrolla en múltiples dimensiones, enlaza prácticas variadas e impacta en distintos planos. Naturalmente, las miradas partidarias hacia el pasado pueden hallarse en los libros de historia, producidos por dirigentes, militantes letrados o intelectuales encuadrados en la agrupación, que suelen ser los soportes tradicionales de las interpretaciones más formalizadas. Pero también pueden encontrarse en el sistema de símbolos y rituales que el partido pone en juego en sus actos públicos, en tanto ofrecen un relato de la historia de la organización y, en ocasiones, del pasado de la nación.

Al respecto, debemos recordar que la adopción de la táctica partidaria del Frente Democrático Popular antes mencionada, estuvo ligada al proceso de reconfiguración de las relaciones entre el comunismo local y el pasado nacional (Cataruzza; 2008). Ciertamente, la adopción de dicha estrategia supuso el paso del inicial rechazo a los símbolos nacionales y la actitud negativa ante las tradiciones políticas locales, a enlazarse con figuras y programas políticos del siglo XIX con la finalidad de dotarse de una tradición nacional. En este sentido, son ilustrativas las palabras del dirigente nacional Victorio Codovilla, quien en el marco de la reunión del Comité Central Ampliado de 1966, pronunció:

Los comunistas, nos consideramos con legítimo orgullo, herederos y continuadores de las ideas progresistas de los hombres de Mayo y Julio, pues, así como ellos se inspiraron en las ideas más avanzadas y progresistas de Mayo y Julio, nosotros en las ideas más avanzadas y progresistas de nuestra época, que son las del marxismo-

leninismo, llevadas a la práctica en la Revolución Socialista de Octubre por el gran Lenin y el glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética (Nuestra Palabra; 1966:3).

En esta interpretación podemos observar nuevamente el “trabajo de encuadramiento” de la memoria del grupo, en tanto se evocan acontecimientos y personajes del pasado nacional de modo tal que, al tender un puente entre la línea del partido y la tradición política local, se refuerza la identidad y sobre todo la continuidad del grupo a lo largo del tiempo. Aunque de lo anterior se comprueba que el PC realizó una organización relativamente eficaz del pasado, sería necesario ahondar, paralelamente, sobre las recomposiciones que efectuaron las distintas generaciones, cuyas prácticas, convicciones y compromisos militantes variaron¹³.

La moral comunista y su proyecto de futuro

En estrecha relación con su visión del mundo, todo actor social dispone también de un proyecto, es decir, algún prospecto para el futuro, alguna forma de anticipación del porvenir. La cultura política comunista estuvo caracterizada por la producción de imágenes de un futuro posible y deseable, y en este sentido, el ejemplo de la Unión Soviética se presentaba como modelo de organización social, al consolidar la certeza del futuro socialista de la humanidad. En relación a esto, recuerda un entrevistado el significado que le atribuía a la lucha política en aquellos años “(...) *la política era para nosotros una lucha por la democracia, con vistas al socialismo, que en esa época tenía referentes concretos, ejemplos que admirábamos y seguíamos eran Cuba y la URSS*” (C. Scrimini, entrevista personal, 23 de Octubre de 2010).

Como mencionamos precedentemente, identificarse con un colectivo “dador” de identidad, implica compartir –al menos parcialmente- valores que ponen en juego mandatos sociales y culturales de una determinada época, formas impuestas acerca del “deber ser” que sirven como guías de los comportamientos y prácticas de los agentes sociales. En este sentido, podemos sostener que la militancia portaba un mandato moral y una disciplina muy fuerte, que daban soporte a cada una de sus acciones como eslabones en un proyecto mayor. Así, la historia individual de cada militante formaba parte y se inscribía dentro de un proyecto colectivo de lucha por el cambio y la

¹³ A pesar que el desarrollo de la investigación se encuentra en una etapa preliminar, la estrategia metodológica elaborada reconoce ésta doble necesidad: por un lado, analizar las prácticas oficiales y las fuentes escritas de la memoria (la memoria histórica del grupo); y por otro, las evocaciones del pasado y la memoria viva de sus militantes.

transformación de la sociedad. En efecto, la militancia en el comunismo implicaba una activa participación y un compromiso político en un proyecto colectivo de antagonismo con la condiciones del sistema social. Acerca de los ideales de su lucha, un militante recuerda:

(...) América Latina vivía un momento revolucionario...el mundo marchaba hacia una nueva situación, entonces...todos soñábamos y nos preparábamos para eso y por otra parte, nosotros, en esa época (...) y en el presente, queremos cambiar la sociedad, no queremos esta sociedad. (A. Gómez, entrevista personal, 8 de Septiembre de 2010).

Asimismo, la responsabilidad que se asumía con el proyecto común implicaba un gran sacrificio y entrega. La ilegalidad, en la que recurrentemente se mantenía al comunismo, junto a la consecuente persecución y las infiltraciones, obligaban periódicamente pasar a la clandestinidad para poder salvar la libertad y la posibilidad de continuar militando. La persecución del comunismo, no solo en el ámbito político, sino también en el laboral y educativo, propició una militancia oculta o semi oculta, y lo que ellos mismos llaman “una vida de catacumba”. En este contexto, la vigilancia era una cuestión esencial, por ello debía reestructurarse la vida cotidiana -el domicilio, el lugar de trabajo, la profesión o el oficio, el teléfono, la actividad de la familia, el descanso, el estudio-, por cauces diferentes a los comunes, generando consecuencias negativas para el militante y su familia (Nadra; 1989). Un militante nos comenta, con cierta aflicción, que el fuerte compromiso que asumió con la vida partidaria, le generó en muchas ocasiones “(*...*) graves problemas familiares (*...*) por no prestar demasiada atención a la familia en varias oportunidades...como dijo mi pobre padre “*ustedes los comunistas deberían ser como los curas: célibes (*...*)*” (L. Yanquilevich, entrevista personal, 21 de Abril de 2009). Las frecuentes condiciones de clandestinidad hacían de los militantes, compañeros en los que se podía confiar y de los que se podía esperar ayuda y apoyo, lo cual contribuyó a hacer de la lealtad, la solidaridad, el compromiso y la camaradería, caros principios de la militancia, en tanto no solo permitían mantener la cohesión del partido, sino también, en muchos casos, la propia supervivencia.

El Partido era una entidad que pretendía moldear los modos de ver, hacer y sentir de aquellos que estaban ligados a él. Para tal fin, existía la Comisión de Control, organismo poderoso que velaba por la pureza y la fidelidad de la militancia. Esporádicamente se editaban folletos que expresaban por un lado, la preocupación oficial por las llamadas “desviaciones” de ciertos compañeros a partir de la advertencia sobre determinadas conductas sospechosas o ideas “extrañas” a las normas partidarias, y por otro, la

necesaria educación de los afiliados en el espíritu de vigilancia revolucionaria. Por ejemplo, se definía la calidad de buen militante, no tanto por el grado de participación y voluntad, sino

(...) a través del grado de (...) asimilación de la línea política y táctica del Partido y de su decisión y consecuencia en la aplicación de la misma, del grado de su propensión, no a poner de relieve sus ideas personales o “extrañas”, sino las ideas del Partido, elaboradas colectivamente. (Comisión Nacional de Educación del Partido Comunista; 1960:41)

En el caso que se detectara cierta “desviación”, la Comisión de Control estipulaba que el dirigente o afiliado fuera reemplazado a tiempo en el cargo o en el trabajo, con el fin de evitar su desmoralización. Distinto era el tratamiento para aquellos que estaban “influenciados por elementos extraños al partido”, quienes debían ser denunciados públicamente en las reuniones de célula, ya que, al introducir su “contrabando ideológico”, podían paralizar la acción del Partido.

Algunas consideraciones finales

La práctica política en el comunismo desarrolló en sus militantes un sentido práctico, ciertas formas de hacer político que no se diferenciaban de su vivir cotidiano. Al respecto, una imagen ampliamente difundida hace hincapié en una moral comunista rígida, incluso concebida como una “maquinaria de disciplinamiento” que controlaba los más mínimos aspectos de la vida privada. Sin embargo, sostener que el PC sólo posibilitaba a sus afiliados el camino de la subordinación o la expulsión, supone una concepción del actor social como receptor pasivo del intento normativo, e incapaz de modificar esa maquinaria. Desde la perspectiva del sujeto, en cambio, entendemos que la construcción de la identidad política puede ser pensada como un espacio de tensión entre los intentos partidarios de dotar a la identidad de unos límites precisos y la apropiación, recreación o impugnación de tales intentos por parte de los destinatarios (Pasolini; 2006).

Por otra parte, creemos conveniente recuperar el clima de época y el contexto histórico en el que los agentes producen y otorgan sentido a sus prácticas políticas. En efecto, la identidad debe ser definida como una construcción dinámica y sometida a reformulaciones constantes, vinculadas tanto con las experiencias de los sujetos como con los contextos en los que se diseñan; contextos que pueden cambiar y por tanto

alterar los contenidos de la identidad, de lo contrario, se corre el riesgo de caer en una visión restringida y ahistórica. A pesar que el desarrollo de nuestra investigación se encuentra en una etapa preliminar, cabe sugerir algunos supuestos tentativos al respecto.

Si bien a principios de los ´60 el PC había experimentado un verdadero auge de su influencia, al representar la principal fuerza en el campo de la izquierda argentina, a lo largo de esa década perdió progresivamente el monopolio del marxismo revolucionario. Dos poderosas influencias operaron sobre el campo social y cultural durante estos años. La Revolución Cubana, al brindar un modelo alternativo y un horizonte posible, actuaría como un poderoso estímulo para la acción y facilitaría, además, la tarea de deslegitimación de los partidos de izquierda tradicionales. Asimismo, los años posteriores al derrocamiento de Perón pusieron de relieve que el peronismo se mantenía como la expresión política de los sectores populares mayoritarios y que su universo político, cultural y simbólico había calado hondo entre los trabajadores. Dichos procesos dieron lugar al desarrollo de una incipiente cultura crítica y contestataria, caracterizada por un clima de malestar intenso tanto en la sociedad como en la política que tendía a cuestionar el ordenamiento habitual de la vida social y las formas tradicionales de ejercicio de la autoridad.

En el caso del PC, ese malestar se expresó en torno a la necesidad de una autocrítica y reorientación del rumbo político, y se tradujo en un primer desgranamiento de su militancia más joven hacia 1962-63, en torno a diferentes grupos, entre ellos, el de la revista Pasado y Pasado, hasta que sobrevino la gran ruptura de los años 1967-68. Así, anclado en la versión más estrecha del marxismo soviético, el comunismo se apresuró a rechazar y “depurar” cualquier intento de apertura hacia nuevas corrientes de pensamiento y formas de acción distintas de las tradicionales. Con todo, pese a la pérdida de parte de sus cuadros jóvenes y el alejamiento de cualquier reflexión renovadora, el PC conservó una numerosa militancia y la influencia sobre variadas instituciones relativamente autónomas del partido.

Fuentes:

Escritas

- Comisión Nacional de Educación del Partido Comunista (1960): *Carpeta del educador. Número dedicado al 43º aniversario del Partido Comunista de la Argentina*, N° 12, S/D, Buenos Aires.

- Codovilla Victorio (1963): “Por la acción de masas hacia la conquista del poder. Informe del Comité Central sobre el primer punto del orden del día.”, *XII Congreso Nacional Programa del Partido Comunista*, Editorial Anteo, Buenos Aires.
- Contreras, Miguel (1978): *Memorias*, Ediciones Testimonios, Buenos Aires.
- *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (1948) Editorial Anteo, Buenos Aires.
- Informes e Intervenciones del XII Congreso Nacional del Partido Comunista de Argentina (1963), *XII Congreso Nacional Programa del Partido Comunista*, Ed. Anteo, Buenos Aires.
- LENIN, V. (1973): “El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo”, en *Obras Completas*, Tomo XI (1920), Ed. Progreso, Moscú. [Citado 23 Mayo de 2013]. Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrasescogidas11-12.pdf>
- _____ (1981): “¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento”, en *Obras Completas*, Tomo VI, Ed. Progreso, Moscú. [Citado 23 Mayo de 2013]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/index.htm>
- Nuestra Palabra, N° 819, 9-3-1966.
- Peter, José (1968): *Crónicas proletarias*, Editorial Esfera, Buenos Aires.

Orales

- Luciano Yanquilevich. Córdoba 21-04-2009 – 23-08-2010.
- Luís Reinaudi. Córdoba 18-08-2010.
- Saúl Chudnobsky. Córdoba 26-08-2010.
- Reyes Bernabé Martínez. Córdoba 08-09-2010.
- Alberto Gómez. Córdoba 09-09-2010.
- Carlos Scrimini, Santiago del Estero, 23-10-2010.

Bibliografía

- BERSTEIN, S. (1999), "La cultura política" en Sirinelli, Jean François, *Para una Historia Cultural*, México, Taurus, pp. 389-405.
- CAMPIONE, D. (1996), “Los comunistas argentinos. Bases para la re-construcción de su historia”, En *Periferias*, Año 1, N° 1, Segundo Semestre, Buenos Aires.

- _____ (2005), “Argentina: Hacia la convergencia cívico militar. El partido comunista (1955-1976)”, En *Revista Herramienta, Revista de debate y crítica marxista*, Año IX, N° 29, Buenos Aires.
- CATTARUZZA, A. (2008), “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentina (ca. 1925-1950)”, En *A contracorriente*, N° 2, Vol. 5, Universidad del Estado de Carolina del Norte.
- DE DIEGO ROMERO, J. (2006), “El concepto de «cultura política» en ciencia política y sus implicaciones para la historia”, En *Ayer*, N° 61, Madrid, Marcial Pons.
- GILBERT, I. (2009): *La Fede. Alistándose para la revolución*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- GIMENEZ, G. (2000), “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, En José Manuel Valenzuela Arce, (coord.) *Decadencia y auge de las identidades*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Plaza y Valdés.
- GUTIERREZ, R. (2001), *Identidades políticas y democracia*, México, Instituto Federal Electoral.
- JELIN, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI.
- LABAVRE M. C. (2009), “La memoria fragmentada. ¿Se puede influenciar la memoria?” En *Revista de Sociología y Antropología (Virajes)*, N° 11, Manizales, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.
- LENIN, V. (1973): “La organización y la literatura del partido”, en *Obras Completas*, Tomo III, Ed. Progreso, Moscú. [Citado 13 febrero de 2013]. Disponible en: <http://bolchetvo.blogspot.com>
- NADRA, F. (1989): *La religión de los ateos. Reflexiones sobre el estalinismo en el Partido Comunista Argentino*, Ed. Puntosur, Buenos Aires.
- PASOLINI, R. (2006), *La utopía de Prometeo: Juan Antonio Salceda, del antifascismo al comunismo*, Consejo Editor de la Universidad Nacional del Centro, Tandil.
- POLLAK, M. (1989), “Memoria, olvido, silencio”, En *Estudios Históricos*, Vol. 2, N° 3, Río de Janeiro.
- TORTTI, M. C. (2005), “Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la Nueva Izquierda Argentina” En Camarero, H. y Herrera C. M. (eds.) *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.